

Estudios Cordobeses

Cuando no hace mucho tiempo creímos llegado el momento de poder gozar de la creación del Centro de Estudios Andaluces, por el que habíamos luchado con tanta fe como entusiasmo, hubimos de recoger en abundantes notas las sugerencias que iban apareciendo ante nuestra vista, para llevarlas en su día a la nueva casa e incorporarlas a los quehaceres cotidianos.

Poco después, la realidad, vestida acaso con el peor de sus vestidos, (que no he de tratar de descubrir ahora) se impuso, y todas nuestras esperanzas hubieron de marchitarse en flor, y las notas, de esconderse en el más oscuro rincón de nuestro fichero.

Era natural que entre aquellas notas recogidas por mí, anduvieran en lugar destacado las que se referían a la literatura; no creo haya de esforzarme mucho en demostrarlo. Ni tampoco he de deciros que en mis andanzas por el campo de las letras, mis miras especiales se dirigían a aquellas cosas referentes a nuestra ciudad.

La posibilidad de aquel Centro, tan amado por nosotros, en especial por algunos de los que pertenecemos a esta Casa, pasó, desgraciadamente; pero no ha pasado, porque no hubiera sido posible, la actualidad de aquellos temas que llamaron mi atención, como íntimamente ligados a un Centro en donde se estudiasen aquellas cosas que a nuestra tierra se refieren. Y por eso, ahora que nuestra Academia está decidida a que lo cordobés ocupe el primer plano de su atención, decisión que me parece de todo punto admirable: porque nadie como nosotros sabrá acoger lo nuestro con tanto cariño; porque nadie sabrá poner en su estudio tanto amor, y ni podrá encontrar en su trabajo más facilidades, es por lo que me ha parecido conveniente, en esta mi actuación en la primera Semana Cordobesa que estamos llevando a cabo, exponer algunas de las razones que abonan nuestro empeño de intensificar los estudios de las cosas relativas a nuestra patria, diciendo de pasada, lo más brevemente que me sea posible, pero como argumento definitivo, algunas de las relaciones que pueden establecerse entre la ciencia que ha salido de nuestro solar, y la que tan directamente está unida con ella, la española.

Por una serie de circunstancias que no son del momento, el que ahora os dirige la palabra dedicó varios años de sus estudios a la lengua hebrea, trabajando con el malogrado Catedrático don Mariano Gaspar Remiro, del que fué ayudante personal en la Universidad de Madrid, y luego estudió también con el Catedrático «honoris causa» de Literatura rabínica del mismo centro, el judío R. Abraham Salom Yahuda, con el que llevó a cabo algunas investigaciones sobre las aljamas españolas. Por estas causas tuvo sobrados motivos de conocer la enorme importancia que el estudio de los judíos españoles tiene, no sólo por el valor intrínseco de ellos, sino además porque durante un largo lapso de tiempo de nuestra E. M., son ellos los únicos sucesores y más importantes representantes de la pléyade de poetas, historiadores, místicos y filósofos que contribuyeron a escribir el que es considerado hasta el día como el mejor libro del mundo: la Biblia.

Tuve también un estrecho contacto amistoso con los eruditos árabes que hoy con tanto acierto desempeñan las Cátedras de los estudios árabes en España. Hubo un tiempo en que en el Centro de Estudios Históricos de Madrid existieron dos secciones de estudios semíticos; una árabe, dirigida por don Julián Ribera y otra hebrea, por el citado Yahuda. Pero, un mal día, la sección de árabe desapareció, quedando para nosotros, los no iniciados, en la negrura más absoluta la ocasión de ello. La sección de hebreo vivió todavía algún tiempo una vida languidísima, de la que salió al fin por cansancio. Claro es que, esta última muerte, se debió también a la falta de amor a lo español, de Yahuda, que sólo había venido a España a ilustrar su carrera con un título más; pero que no oyó nunca la voz de lo español con la emoción con que la oímos nosotros y que acaso no consideró necesaria su estancia en España para los estudios que él quería hacer de sus hermanos en religión. Cuando yo salí para la Cátedra que desempeño, se fué el último discípulo que tuvo la sección, de la cual ya se estaba despidiendo Yahuda, para acudir a otros horizontes más amplios o más convenientes a la norma que él se había trazado en la vida. Y desde aquel momento casi cesaron de hacerse estudios semíticos con una protección oficial.

Es lamentable, pero es preciso consignar el hecho. El Estado español no debió tener abandonado de ninguna manera y de un modo tan absoluto, tan radical, el estudio del semitismo español. Son 15 ó 16 siglos de convivencia con los judíos y ocho siglos de dominación musulmana, los que estuvieron lamentablemente olvidada; olvidados una pléyade importantísima de españoles que hablaron en otro idioma distinto al castellano, pero tan españoles como Cervantes o Calderón.

Las cátedras que había en España dedicadas a los estudios semíticos

apenas si servían para dar la aprobación de unas materias que luego no habían de poder ser utilizadas como instrumentos de trabajo, porque el Estado no las defendía económicamente. Y así, el alumno que se encontró solicitado por esos estudios, veía al cabo de poco tiempo como se iban derrumbando en su memoria las notas que, con el entusiasmo de la juventud, había ido atesorando en las horas de trabajo. La enorme labor que la escuela presidida por Ribera, y en la que tan intensa y competentemente trabajaban sus discípulos (entre los cuales destacan con tan gran relieve Asín Palacios, Gaspar Remiro, González Palencia y García Gómez), la llevaba a cabo casi exclusivamente por un esfuerzo personal, y sin poder ofrecer a los que pudieran entrar en ella otra cosa que una colaboración entusiasta y un ejemplo de abnegación y de desinterés.

La Academia tiene un ancho campo en donde ejercitar sus actividades. Todos los terrenos aparecen hoy con grandes lagunas que es preciso ir llenando con el trabajo incansable de todos, con la mútua cooperación.

La escuela arabista es la que más ha trabajado hasta ahora. El insigne orientalista don Francisco Codera, continuador de la obra individual emprendida por Casiri, Gallangos, Lafuente Alcántara y Simonet, y feliz creador de la escuela, abrió el camino a la investigación colectiva y puede decirse que creó el deseo y llamó la atención sobre la necesidad de la protección de los Poderes públicos. La lista de las obras del venerable Codera, todas dedicadas al estudio del orientalismo español, es realmente interminable. Sabe unir en sus inquietudes—y quiero suplicaros os fijéis bien en este detalle, para recordarlo luego cuando hablemos de las posibilidades de nuestros estudios—el trabajo sobre los musulmanes, con obras tan destacadas y únicas como el *Tratado de Numismática arábigo española* (1879), y *Bibliografía arábigo-hispana*, en donde hay contenida una enorme labor de erudición y capacidad de trabajo, con el dedicado a los mozárabes en obras de tanta importancia como la publicación del *Memoriale sanctorum* de San Eulogio; *Indículus luminosus* de Alvaro; *Condición social y política de los mozárabes*; *Historia de los martirios de los mozárabes*, etc., etc.

Los estudios debidos a las plumas de los doctos arabistas citados más arriba, han dado lugar a interesantes descubrimientos, cada uno de los cuales es por sí solo capaz de honrar a una literatura y despertar la curiosidad más dormida. Y es sorprendente el ver que en nuestros días es cuando se hacen esos descubrimientos tan interesantes; y no acabamos de entender bien como ha sido preciso que pasen diez siglos para que se comience a investigar en un campo tan lleno de promesas y de realidades como éste.

Julián Ribera, ha obtenido en sus profundas investigaciones curiosísimos hallazgos que le han permitido formular unas atrevidas hipótesis sobre el oscuro origen de nuestra literatura escrita en castellano, español hoy; hipótesis que han venido a colocarse al lado de las mantenidas por los más doctos investigadores de nuestra poesía medieval, los eruditos, G. Paris y Bedier, en Francia y Menéndez Pidal en España. Al tratar de averiguar cual es el origen de la poesía épica castellana existen hoy tres teorías fundamentales: una, sostenida por G. Paris que dice que nuestros poemas proceden de las *Chansons* francesas, apoyándose en las semejanzas que existen en el lenguaje y en la métrica entre los poemas de las dos naciones; y en algunos detalles especiales como los que se refieren a la oración de Jimena y al llanto del Cid; otra sobre el origen germánico defendida por D. R. M. P. que dice que los bárbaros llevaron al mismo tiempo sus cantos y sus costumbres a todos los países que conquistaron, y que luego estas leyendas se modificaron según las necesidades de adaptación de cada país; y una tercera sobre el origen musulmán andaluz defendida por J. Ribera en un estudio sobre las «huellas que aparecen en los primeros historiadores de la península de una poesía épica romanceada que debió florecer en Andalucía en los siglos IX y X». Este estudio está lleno de atinadas observaciones que demuestran la preponderancia del elemento andaluz en la epopeya castellana, en la que sin duda ninguna tuvieron mucho influjo.

Cita Ribera para apoyar su interesante tesis las leyendas: *La generosidad de Artabás*; la del *Primer Conde de Andalucía* y sobre todo la que pueda considerarse la primitiva epopeya andaluza, la historia de Muza ben Muza, rey de Zaragoza y su yerno Izrac ben Mont, señor de Guadalajara y vasallo del Califa cordobés Mahomed (1). En el estudio de estas leyendas encuentra elementos bastantes para conjeturar que el origen de nuestra épica está en nuestra propia historia; porque no aparece como imitación de ninguna literatura extraña; porque elige los asuntos históricos recientes: porque no aparecen en el relato los elementos fantásticos; porque no hay en la narración un sentimiento de pública protesta contra el señor feudal; porque la mujer interviene para excitar el amor propio de los personajes... todos los caracteres de la epopeya castellana que luego aparecen en el *Poema del Mío Cid* y en los restos de los otros poemas perdidos. La sociedad española de ese tiempo tiene entre sus singularidades la generosa hospitalidad, la organización del ejército adscrito siempre a una idea, el sentimiento del honor exageradamente delicado, el espíritu de venganza, etc., etc., que son tam-

(1) Ben Alcutía.

bién de la sociedad árabe. Es cierto que esta hipótesis, como las otras dos citadas más arriba, no pueden ser todavía aceptadas plenamente; pero también lo es que en la defendida por el docto maestro de los orientalistas españoles actuales, hay un fondo de perfecta acomodación con la marcha general de nuestra historia en la E. M. Los datos que faltan no probarán otra cosa, al fin y a la postre, que el que los dos pueblos que habitaban en la península ibérica, no fueron siempre enemigos, no estaban pensando siempre en la guerra ni alimentaban el odio siempre; sino que en muchas ocasiones tuvieron relaciones muy estrechas, y sobre todo, que en las luchas que los monarcas y los soldados tenían constantemente viva, no tomaba parte el pueblo, más propicio a la quietud y el bienestar de la paz, que al espanto y al desasosiego de la guerra.

Igualmente ha planteado un problema de gran interés en la historia de nuestra poesía lírica. Es cierto que los trovadores provenzales tuvieron una grandísima influencia en la literatura española durante parte de los siglos xiv y xv. Pero hoy no es menos seguro, después del descubrimiento y estudio del riquísimo Ms. de Abencuzmán, un galano trovador musulmán de la ciudad de Cabra, que el desarrollo de la poesía trovadoresca debió la mayor parte de sus originalidades, de sus excelencias y aun de sus defectos a los poemas contenidos en el Cancionero de ese poeta de la época de los califas cordobeses. Estudiando los asuntos y las formas métricas, llega el señor Ribera a las conclusiones de que en esos poemitas de rimas combinadas, populares y seguramente compuestos para cantarlos en las plazas públicas, existe el germen de muchas canciones del Conde de Poitiers; de algunas cantigas de Alfonso X, y otras del Arcipreste de Hita dedicadas a las serranas, y de otras muchas debidas a los poetas cortesanos del siglo xv y hasta los primeros años del xvi.

En el trabajo que dedicó al estudio del poeta Abencuzmán, tradujo varios poemitas, y los analizó intensamente; y traza el cuadro de cómo debían cantarse en las plazas de Córdoba estas canciones. A cualquiera que haya tratado de bucear algo en los orígenes de nuestro teatro le será muy fácil establecer los muchos puntos de contacto que existen entre *estos juegos* del cantor o juglar musulmán y los *juegos de escarnio* que son admitidos por todos como una de las fuentes que contribuyen a formar el teatro español.

Con esos juegos de escarnio y el teatro religioso se forma Juan del Encina, que recoge en sus poemas el habla particular de Bermillo de Sayago, ruda e inculta, y las canciones populares, como villancicos, y hasta el elemento erudito del Renacimiento, como es la imitación de Virgilio, y canciones del tipo del zéjel, inventado por Mocadem de Cabra

el ciego. Como que precisamente en esta amplitud de criterio, en esta liberal asimilación de elementos tan varios, es donde la crítica ha podido mojar la pluma para asignar al procurador del Arcedianato de Málaga el honrosísimo título de padre del teatro español.

Continuando la labor emprendida por Ribera, y ya al lado suyo en la profundidad de la investigación, está don Miguel Asín Palacios. En un luminoso trabajo que leyó en 26 de Enero de 1919 en la Real Academia Española como discurso de ingreso titulado *La Escatología musulmana en la Divina Comedia* probó con abundantísima documentación que «a través del largo camino recorrido en esta exploración de los modelos islámicos de la *Divina Comedia*, un teólogo místico y exquisito poeta español, Abenarabí de Murcia, se nos ha ido revelando a cada paso como el más típico y sugestivo de aquellos modelos, como la más rica clave de los enigmas dantescos. En las obras de Abenarabí, efectivamente, y sobre todo en su *Fotuhát*, pudo encontrar el poeta florentino el cuadro general de su poema, la ficción poética de un viaje misterioso a las regiones de ultratumba y su significación alegórica, los planos geométricos que esquematizan la arquitectura del infierno y paraíso, los rasgos generales que decoran la escena del sublime drama, la vivísima pintura de la vida gloriosa de los elegidos, la visión beatífica de la divina luz y el éxtasis que la acompaña. Además, difícilmente habrá dos pensadores que más coincidencias ofrezcan en su psicología de teólogos y de poetas como Dante y Abenarabí: no solo en sus ideas iluministas, de estirpe masarrí, sino en los símbolos e imágenes que las encarnan y en los recursos literarios de que se sirven para expresarlas, el paralelismo es de un extraordinario relieve; y como si esto no bastase, la identidad flagrante conque ambos conciben y redactan sus respectivos libros el *Convite* y *Los Tesoros*, para un mismo fin u objetivo personal y siguiendo idéntico método en la interpretación alegórica de sus canciones amorosas...»

Aparte de estos trabajos de uno y otro arabista, que son de una importancia fundamental en el estudio de la Historia de la Literatura española, se han dado a luz por esta escuela otros muchos estudios, en donde se investiga acerca de temas especiales, que si no tienen la amplitud de los citados, son de gran interés para el sector especial en que se encuadran. Asín Palacios, por ejemplo, ha establecido sorprendentes relaciones entre la obra de los musulmanes y de los pensadores cristianos. En el estudio dedicado a *Abenmasarra y su escuela*, demuestra cómo las doctrinas neoplatónicas y místicas de este filósofo hispano-musulmán se habían infiltrado en la escolástica cristiana por intermedio de los doctores de la escuela franciscana o pretomista; ha encontrado el original de

la *Disputa del asno contra fray Anselmo de Turmeda*, curioso problema de la literatura catalana. Gaspar Remiro ha trabajado con gran erudición en las obras históricas de los musulmanes españoles; y entre los arabistas de la nueva generación, de todos vosotros son conocidos dos jóvenes investigadores que en 1929 contribuyeron con sus sabias aportaciones al mejor esplendor de la celebración del Milenario cordobés: Don Angel González Palencia, que pronunció un documentado discurso sobre *El amor platónico en la corte de los Califas*, y que es el autor de la *Literatura árabe española* más completa y mejor documentada hasta hoy, y D. E. García Gómez, que disertó sobre los *Poetas musulmanes cordobeses*, y mostró varias acertadísimas traducciones de nuestros poetas.

Todo esto viene a demostrar que allá por los siglos XI y XII, cuando nuestra luego gloriosa literatura balbucea, encuentra en las fuentes árabes utilísimos veneros para alimentar todas sus manifestaciones. Poco después de estos siglos, con la egregia figura de Alfonso X, el Sabio Monarca que en todo momento pensó en el engrandecimiento cultural de España, se manifiesta de nuevo la importancia de lo árabe. Desde el 1085 en que fué conquistado Toledo se había asentado allí el centro de donde irradiaron las culturas árabe y judía al resto de España y a toda Europa. Durante Alfonso VII (1126-1157), se refugiaron en la ciudad los judíos expulsados de Andalucía por Abdelmumen. Al Arzobispo y Gran Canciller D. Raimundo cabe la gloria de haber introducido los textos árabes en los estudios occidentales, hecho que influyó en la suerte de Europa, según Renán. Allí trabajó Juan Hispalense; judío converso, junto con Domingo Gundisalvo, y de él se conservan versiones de Avicena, Algacel, Avicibrón, etc.

Luego llegaron a esta escuela de traductores muchos extranjeros, que con sus versiones a los idiomas nacionales respectivos, transmitieron las doctrinas panteistas, dando lugar más tarde a la escuela filosófica conocida con el nombre de Averroismo, y extendiendo por toda Europa lo griego que había llegado a España por medio de lo árabe.

Alfonso X continúa esta labor; con un criterio amplísimo reúne en su corte al lado de los latinistas más famosos, y junto a los hombres de ciencia de todos los países cristianos, las figuras más destacadas de los pueblos semitas. Comprende, y con ello enseña, que para historiar la vida española no basta con oír las palabras que nos halagan de nuestros cortesanos; es precisa también la voz del que ha luchado frente a nosotros; y por eso llama a su corte a sabios escritores musulmanes, que trabajan en la incorporación a la Historia de España de las crónicas en que ellos describen, desde su punto de vista las batallas y las guerras y son los hombres de ciencia musulmanes los que contribuyen princi-

palmente a la redacción de esas obras científicas que tanto nombre dan al egregio monarca, el cual, dando elevadísimas muestras del desinterés partidista de su cultura, reúne en su Centro de investigaciones una brillantísima pléyade de sabios que viene a recibir la herencia de los que tan alto pusieron el trono de los Califas de Córdoba. La astronomía, la medicina, la filosofía, la matemática, todas las ciencias, encuentran en los árabes fervientes cultivadores que logran extender su fama por todos los ámbitos de la Península; la filosofía griega, especialmente Aristóteles llega a España por su influjo; las enseñanzas morales de la fábula tienen por embajador a ben Almocafa; y si Mohamed ben Muza no es en realidad el inventor del Algebra, es sin duda el que importa al occidente la ciencia ya trabajada por los indios y los griegos.

En todas partes, pues, aparece la cultura de los musulmanes españoles iluminando la caliginosa teoría de la E. M. Y en todas las disciplinas, en la literatura, en la filosofía, en la historia, en la matemática, el camino está descubierto ya. No ocurre lo mismo por lo que se refiere a la historia de los judíos. Un cordobés benemérito, don José Amador de los Ríos que trabajó durante muchos años en el estudio de las vicisitudes porque pasó la raza hebrea en España, hizo una historia de los judíos y prometió una historia de la literatura que no llegó a terminar, y que había esbozado en sus *Ensayos sobre los judíos de España*. Aparte esto, España no puede presentar como obra dedicada al estudio de esa raza que tanto esplendor dió a España, más que el primer tomo de la Biblioteca Española de Rodríguez de Castro, digno, eso sí, de las mayores alabanzas por su precisión y laboriosas investigaciones. Casi todo lo demás que sabemos, salvo las levisimas excepciones de estudios aislados que no responden a una labor conjunta, sino que son debidos a circunstancias especiales del momento, nos ha sido revelado por los extranjeros. El mejor manual de Literatura rabínica española está escrito por el alemán Graetz; los mejores estudios sobre el gran poeta Gabirol son debidos a Munk. Neubaner en sus profundos e ininterrumpidos ensayos publicados en *Journal asiatique* ha hablado de nuestros poetas y nuestros sabios; para llegar a Maimónides es preciso recorrer las publicaciones francesas; y en inglés está publicada la *Enciclopedia judía*, verdadero monumento de erudición y de doctrina y arsenal de doctos estudios relativos a nuestros españoles-judíos.

Sabemos que después de la predicación y martirio de Jesucristo, los judíos se sintieron atraídos hacia los Libros Santos e iniciaron como consecuencia de ello la redacción de los Talmudes, y los Libros cabalísticos. Allá por el siglo III los judíos vinieron a España, en donde vivieron ya, hasta el 31 de Marzo de 1492, en que fueron expulsados

por un decreto de los RR. CC. con relativa holgura y tranquilidad. Supieron contemporizar con el pueblo visigodo, establecer relaciones muy estrechas con los musulmanes y convivir con la Castilla reconquistada; pero especialmente desde que Chasdái ben Saprut, el notable médico de Abderramán III y Alhaquen II, por su influencia junto a los monarcas atrajo a una gran cantidad de judíos a la corte de Córdoba, el pueblo judío se extendió notablemente y llegó a formar importantísimas escuelas, consiguiendo cobijar en su seno a sabios doctores y poetas, únicos herederos directos, como ya he dicho, de los autores de la Biblia.

Bien es verdad que, por la íntima convivencia que los hebreos tuvieron con el pueblo que los cobijaba, y debido a su facilidad de adaptación idiomática y a la excitación de las necesidades comerciales, los judíos escribieron en muchas ocasiones en el *idioma oficial* de la nación. Y así, varias de las obras de los filósofos y poetas judíos han tenido que ser traducidas al hebreo posteriormente para que puedan ser leídas por los individuos de su misma raza.

Tal ocurrió, por ejemplo, con el *Moré Nebukín*, o *Guía de los descarriados*, del famoso filósofo cordobés Maimónides, redactada en árabe; etc., etc., etc.

Esta habrá sido quizá una de las causas de que se descuiden los estudios sobre los judíos, y en el día de hoy no ha aparecido todavía la escuela de hebraistas españoles.

Pero no es menester poseer una profunda erudición para conocer la existencia de poetas tan notables como Salomón ben Gabirol, que, según Munk «puede llamarse a Avicebrón—nombre con que era conocido el poeta malagueño—el verdadero restaurador de la poesía hebraica; ocupa el primer lugar entre los poetas judíos de la E. M. y era quizá uno de los más grandes de su tiempo; si ha imitado a los poetas árabes, en lo que concierne a las formas exteriores de la versificación, les ha sobrepujado en el arranque poético por la elevación de los pensamientos y de las emociones».

Pero además de poeta, fué el glorioso restaurador de la lengua santa, que sus correligionarios tenían casi abandonada por el árabe. En el prólogo a una gramática que escribió cuando apenas contaba 20 años, dice, entre otras cosas «Esta es palabra de Salomón, el español, que recogió el habla santa de la gente dispersa. Guardé mi corazón de la ciega muchedumbre que me rodea, y fuí maestro de las reliquias de mi pueblo. Consideré que olvidaban la lengua santa y que estaban a punto de perderla. La mitad hablan en idumeo (árabe) y la otra mitad en la lengua mentirosa de los hijos de Chedar (los cristianos). Y así se van sepultando en el abismo y precipitándose como el plomo...» O el

toledano Judí ha Leví, nacido el mismo año de la conquista de Toledo por Alfonso VI, en 1085, figura interesantísima por muchas razones: por haber escrito poemas en árabe; por haber utilizado para sus versos también el idioma castellano y esto enriquecería las fuentes de nuestros problemas literarios, pues si pudieran encontrarse esos poemas, serían sin duda las más antiguas muestras de versos en nuestro romance, pues, como se sabe, los dos monumentos más antiguos de nuestra poesía, el *Poema de Mio Cid*, y el *Auto de los Reyes Magos* no son anteriores al año 1140. Este uso del idioma castellano debía ser frecuente, a juzgar por la Poética de Moisés ben Ezra que se conserva en la Biblioteca Bodleiana de Oxford en un bellissimo códice (signado con el número 599 en el fondo de Humtington), en donde se contienen, además de curiosos e interesantes datos biográficos sobre muchos judíos españoles (algunos de ellos han sido publicados por Munk en la importante revista francesa *Journal Asiatique*), noticias sobre la primitiva poesía española escrita en castellano. Pero sobre todo, poeta excelentísimo, del que se conservan más de 800 deliciosos poemitas entre los cuales está el magnífico *Himno de la creación* en donde sabe renovar con acertados tonos los más inspirados lamentos de los Profetas.

Y el gran filósofo cordobés Maimónides, autor de numerosísimas obras, médico de considerable fama, filósofo eminentísimo, llamado por algunos el Santo Tomás del judaísmo. «La obra de Maimónides es una verdadera *Suma* teológico-filosófica del judaísmo. La serenidad de sus juicios, la rectitud habitual de su criterio, el rigor de sus demostraciones y la claridad de su estilo, hicieron que fuere acogida con singular aplauso, tanto por judíos como por musulmanes. Los mismos escolásticos cristianos, como Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino, utilizaron grandemente el *Morech* en versiones latinas...», según dice Bonilla y San Martín.

Pero los esfuerzos de Avicebrón no debieron ser fructuosos, y en el siglo XIII el gran monarca Alfonso X, se vió compelido a acometer en Toledo una empresa, si de menos vuelos por el resultado, no menos importante por el deseo, que la que determinó a Ptolomeo Filadelfo en 130 a. J. C. a impulsar y patrocinar la versión al griego de la Biblia, traducción conocida por *de los Setenta*. Los muchos judíos españoles que habitaban en Toledo habían olvidado, por necesidades comerciales y políticas, su idioma propio; y el Rey Sabio, alto espíritu liberal y tolerante, mandó que tradujeran para aquellos vasallos que no tenían las mismas creencias de su monarca, la Biblia, el Talmud y la Cábala.

Pero como ya os decía, toda esta literatura hebrea, española, de honda personalidad—y en ésto se distingue de lo musulmán español que está

acusado por una intensa renovación cultural—, no ha tenido todavía quien le dedique sus afanes. Los esfuerzos aislados no han tenido eficacia, y las fuentes para nuestros estudios son todavía extranjeras, y para leer a estos poetas y filósofos con cierta facilidad, hemos de acudir a obras francesas, alemanas o inglesas, en las que ya se han cuidado de traducirlos.

Conviviendo con estos dos pueblos, el pueblo cristiano español va desarrollando una cultura de gran interés para el estudio de lo autóctono en nuestra península. El pueblo mozárabe acusa una vida intensísima y un vigor extraordinario en las obras de San Eulogio, Alvaro Cordobés y el Abad Sansón. En un reciente artículo publicado en el *Diario de Córdoba* expuse un programa de lo que pudieran ser esta clase de estudios, y esboqué algunos temas que yo creo de sumo interés.

Yo quiero insistir en alguno de los puntos de que trataba, por refrescar la memoria de los que me escuchan. «Este pueblo llamado mozárabe ha aparecido algunas veces en nuestras historias literarias; pero siempre como arrinconado; como algo de segundo orden que no vale mucho la pena. Tan sólo Amador de los Ríos en su *Historia crítica de la literatura española*, da a este pueblo algo de su valor y le dedica uno de los capítulos mejor estudiados y mejor y con más cariño comprendidos; pero aún en esta obra los mozárabes aparecen como algo aislado, que tiene alguna importancia en sí, pero no como conjunto español; y si a esto se le añade que las figuras más destacadas, San Eulogio y Alvaro son consideradas y ensalzadas más bien como defensores de la religión que como poetas o literatos, se comprenderá acaso cómo en los manuales posteriores, los poetas de la España sometida figuran como extraños pegadizos inoportunos o a lo sumo representativos sólo de un momento histórico». Nada tengo que añadir a lo dicho, pues con ello basta para conocer el estado actual, no sólo de los estudios dedicados a los mozárabes, sino también la causa del descuido, que estriba en haberlos mirado desde un punto de vista demasiado exclusivo y poco apropiado para poder apreciar desde él, liberalmente, todos los valores desarrollados.

Análogamente a como vivió este pueblo cristiano entre los musulmanes en el Califato, se extendió y vivió otro, el musulmán, en las regiones reconquistadas por los monarcas cristianos. A medida que los Reyes castellanos iban extendiendo sus conquistas, se iba aumentando la población mudéjar, y poco a poco fueron acusando su existencia en todas las manifestaciones de la ciencia y del arte. Del siglo xiv o quizá de finales del xiii es el *Poema de Yusuf o de José*, que tiene por asunto la historia de José según la Azora número 12 del Alcorán, pero no conservada

pura, sino influida por algunas leyendas populares de los hebreos, y algunas musulmanas.

Está escrito en aljamiado o sea en castellano con caracteres árabes y la forma métrica es la *quaderna vía*, moda literaria que tuvo por principales representantes a Gonzalo de Berceo y al Arcipreste de Hita.

Este mismo Arcipreste, la figura más vigorosa y potente de nuestro siglo XIV, hombre que sabe vivir la vida de la calle, que tiene entre sus amistades cotidianas a los estudiantes, a las troteras y a las danzaderas, nos hace una minuciosa relación de los instrumentos músicos usados por los árabes; como si en aquellos sus tiempos recorriera nuestra península la moda de la música y el canto musulmán, sobre toda otra manifestación. Y él mismo, que provee de canciones a sus amigos—como de romances a los estudiantes y de coplas a los serenateros—, imita el zéjel invención de un cordobés, briosamente, y lo incrusta en las *Cántigas de Serrana* unas veces, en donde la pícara sonrisa asoma dulzona y desenfadada, y en las *Cántigas a la Virgen* otras, en las que aparece un fervoroso arrepentimiento y un afecto sincero. Y es oportuno recordar en este momento en que a la música me he referido, cuán importantes son los descubrimientos que en estos últimos años se están haciendo (con el estudio de la historia de la música), y como en nuestro canto del pueblo andaluz, ese que es vulgarmente conocido con el nombre de *cante jondo*—frase que ha recogido por misteriosos y torcidos caminos una torpísima significación peyorativa—se encuentran las más armoniosas melodías del canto religioso de la época visigoda, que tan admirablemente interpretó San Isidoro; y los sublimes acentos del gran músico Vicente Cordobés, mozarabe eminentísimo; y las melodías populares tan extensamente recogidas por Alfonso X en sus admirables *Cántigas a la Virgen María*—transportadas luego a Alemania por juglares medievales—, y las armonías de los cantos sinagogales. Este *cante jondo*, dulce, melodioso, dramático, alegre, vivo, repusado y más que todos los cantos populares por esa variedad de matices, y por la hondísima intensidad de sus emociones que nacieron al juntarse tanta rama de tan noble alcornica en un pueblo todo corazón y todo luz y amor.

Y luego el siglo XV, en que la tolerancia de los monarcas ha pasado o las necesidades comerciales se han hecho más imperiosas y aparecen los escritores conversos, entre los que destacan Juan Alfonso de Baena, el Rabí Don Sem Tob, el cordobés Antón de Montoro, León Hebreo; y a principios del siglo XVI el monumento tipográfico levantado por el Cardenal Jiménez de Cisneros con la Biblia Políglota, en la que intervinieron al lado de Nebrija, de Ducas, Diego López y del Pinciano, los judíos Alfonso de Alcalá, Alfonso de Zamora y Pablo Coronel.

Al lado de esto, que pudiéramos decir forma como el núcleo de lo que nosotros consideramos como norte en los trabajos a seguir, figuran esas muchas inquietudes que acompañan en los días actuales a toda persona interesada en el esclarecimiento de la historia de su patria. Desde la Córdoba prehistórica hasta la llegada de los árabes a España, han transcurrido muchos días de gloria para nuestra tierra y han dejado brillantísima muestra de su paso. El trabajo metódico y sintético sobre la Córdoba romana espera las manos expertas que lo puedan emprender con fruto. En el lapidario, por ejemplo, estamos todavía en el Hubner, magnífica obra sin duda; pero que ya ha debido ser superada por algunos trabajos locales, ya que en nuestra ciudad hay eruditos que pueden llevar a cabo esta tarea. Y desde el 1236 en que San Fernando conquista a Córdoba, hasta hoy, período al que no se le suele dar importancia quizá porque por estar muy cerca de nosotros nos es conocido en sus líneas generales, hay un sinnúmero de sugerencias de enorme interés, puesto que en ellas se encuentran el germen de las más íntimas cosas de nuestra vida actual. Incorporada Andalucía ya a la nación española, empieza a manifestar su decidida influencia, y esta incorporación de sus hombres a la vida española lleva una enorme riqueza de imágenes y de sugerencias.

Después de esta brevísima nómina de hombres y de estudios, fácil es comprender, con sólo repasar la historia, cuán fértil debe ser toda pretérita investigación. Al calor de aquellos cultísimos Califas que lograron reunir espléndidas bibliotecas, a las que sólo son comparables las magníficas de Alejandría y Pérgamo, hubieron de recogerse, sin duda alguna muchos más poetas, muchos más filósofos, muchos más hombres de ciencia que los que ahora figuran en las antologías y en las historias. El resultado de aquel amor a la cultura, aunque ya aparezca espléndido, tuvo que tener mayores proporciones, y esto se comprende con sólo analizar el esfuerzo.

Las mismas figuras que ahora nos son familiares, nos tienen reservadas sorpresas grandes; el estudio de estas obras ha de descubrir ricos tesoros de poesía y de ciencia, que hasta ahora figuran diluídos en la literatura y en la ciencia de todos los países, y, claro es, en España principalmente.

Nosotros aspiramos a que la Academia sirva de Laboratorio para la nueva investigación; queremos llamar a todos los cordobeses, para que entre todos, y con el entusiasmo de la multitud, laboremos, ya por el descubrimiento de la historia de Córdoba, tan brillante por tantos conceptos, ya por la ayuda material y moral que es preciso ofrecer a la juventud que empieza para que entre con señorío en el campo de los estudios y en el de la creación personal.

Procuraremos que el nombre de Maimónides no sea sólo un letrero de una calle; detrás de ese letrero aspiramos a colocar en la memoria de los cordobeses una lista de hechos, en que la cultura del sabio judío, acaso el más sabio de los judíos españoles, fijó imperecedera su huella; y que no nos sorprendan, al cabo de siete siglos, con el descubrimiento de filósofos como Aben Hazán, o poetas como Abenzeidum.

La Academia está convencida de la inmensa responsabilidad que tiene sobre sus hombres; pero está dispuesta a prestar todo su esfuerzo, aunque sólo sea a título de agradecidos, para que los que vengan después, si echan de menos una sabia investigación, encuentren en cambio una fortísima dosis de fuerza de voluntad y de trabajo que haya sido capaz de impedir que esta idea alta y noble de la Academia, caiga en el inmenso vacío, en donde suelen perderse todos los impulsos románticos, especialmente aquí donde por múltiples causas va adquiriendo pátina de siglos la frase de «cosas de España».

Pero para todo es o, necesario es decirlo, nos hubieran faltado fuerzas si no hubiera sido porque tenemos plena confianza en el apoyo moral de los Centros culturales de Córdoba. Sabemos que los Centros, que constantemente están preocupados por la investigación de estas o aquellas glorias de nuestra ciudad, ponen un paternal cuidado en cobijar nuestros deseos. Sabemos también que la ciudad oficial, la Diputación y el Ayuntamiento, están siempre prontos a sortear todos los peligros de un presupuesto duramente extenuado con tal de prestarnos su ayuda. Y conocemos la ciudad cordobesa, en la que seguramente entrarán como en su propia casa estos aires de cordobesismo; porque aquí, bajo los muros de la Mezquita y en las revueltas de estas calles anduvieron la pléyade de poetas y sabios que alumbraron con el potente faro de su inteligencia la Edad Media española, en la que las ambiciones y los odios parecían haber ocupado el papel exclusivo. Confiados en el apoyo vuestro, continuamos nuestro trabajo, con el mismo entusiasmo y la misma fe con que todos los días nos levantamos para emprender nuestra labor.

Ayudadnos y saldremos victoriosos de esta empresa de amor a Córdoba y de cultura universal.

HE DICHO.

